

Notas psicosociales sobre la migración y el exilio

El colectivo de las Mujeres Monarcas

*Mariana Robles Rendón**

*Aida Robles Rendón***

*Carlos Humberto Elizalde Castillo****

*Algún día aquí lejos
se llamará aquí cerca,
y entonces el país,
este país secreto,
será un secreto a voces.*

MARIO BENEDETTI

El presente escrito recoge un conjunto de reflexiones en torno a los procesos psicosociales involucrados con la migración y el exilio, hechas a la luz de una experiencia concreta, la de un peculiar grupo de mujeres: el Grupo Monarcas.

El Grupo Monarcas es un colectivo de mujeres migrantes, refugiadas y exiliadas en México; provenientes de América Central y del Sur, se vieron forzadas, por distintas razones, a abandonar, solas o con sus familias, su país de origen. Los difíciles y dolorosos vuelos de estas mujeres-mariposas las llevaron a constituir un grupo (apoyado por Amnistía Internacional) que les ayudara a enfrentar las dificultades de su extranjería, sanar los dolores de sus pérdidas y construir su vida lejos de la siempre añorada patria. De este modo, el Grupo Monarcas representa, para sus integrantes, un espacio de refugio en el que, después de largas travesías, dolor e injusticia, encuentran un lugar de escucha, compañía, trabajo y futuro.

* Maestra en psicología social de grupos e instituciones, estudiante de posgrado en el doctorado en desarrollo rural, UAM-Xochimilco; <marianarobles79@hotmail.com>.

** Licenciada en psicología, estudiante de posgrado en la maestría en psicología social de grupos e instituciones, UAM-Xochimilco; <teotl13@hotmail.com>.

*** Licenciado en psicología, área de Psicología Social, UAM-Xochimilco; <celizalde1@gmail.com>.

Nos preguntábamos: *¿cómo le pondremos al grupo, cómo le pondremos?* Y una dijo: “*Pongámosle Monarcas, por las mariposas monarcas que llegan a Michoacán, que viene fronterando*”. Ésas que vienen pasando por la selva, como nos tocó a muchísimas, ¿verdad? No nos vinimos por avión, tuvimos que escondernos de la migra entonces, nos pasó lo de las mariposas, muchas quedaron en la selva de un lugar a otro, o en la montaña, o los federales les robaban y todo, o las metían presas en la frontera, o las regresaron, entonces no lograban llegar a ese lugar [...] Igual a las mariposas que vienen y muchas quedan en las montañas, se golpean y mueren, y no llegan a su destino. Por eso le pusimos Monarcas, porque venimos migrando como las mariposas (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

Pero también el Grupo Monarcas se constituye como un espacio para la acción política y el apoyo a otras personas que atraviesan por las vicisitudes de ser migrante o exiliado:

Somos mujeres activistas por los derechos de los migrantes, sobre todo de las mujeres y los niños, y que estamos dispuestas a apoyarnos entre nosotras y apoyar a cualquiera que venga en las mismas condiciones de vulnerabilidad o experiencias que también nosotras hayamos vivido, que es justamente el principal objetivo que nos hizo unir y por lo cual lo formamos. Eso es algo primordial y también aparte del activismo por los derechos de los migrantes, como son los derechos universales, como el derecho a una vivienda, a la salud, a estar libre, a la paz, a la paz interna y a la paz en su entorno (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

Así, el trabajo en el que basamos estas reflexiones surge de la colaboración que establecimos con el Grupo Monarcas en el marco de una iniciativa de las mujeres integrantes del grupo, apoyada por la Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades (SEDEREC), del Gobierno del Distrito Federal. Tal iniciativa tuvo como objetivo central identificar, resaltar, difundir y fortalecer la función del Grupo Monarcas para las mujeres migrantes y refugiadas en condiciones de vulnerabilidad, así como conocer el impacto que este tiene en las formas de vida de sus integrantes. Para ello, nos dimos a

la tarea de recoger, a través de dispositivos grupales, los significados que para las Mujeres Monarcas ha tenido la experiencia de pertenecer a esta forma de “comunidad en el exilio”.

De la migración y el exilio

En principio, hay que recordar que, cuando hablamos de los fenómenos de la migración y el exilio, estamos obligados a referirnos a múltiples determinantes encuadradas por campos disciplinarios diversos, que van desde lo geopolítico hasta lo cultural, desde lo socioeconómico hasta lo psíquico. La condición del extranjero, ya se trate de migrantes o exiliados, es intempestiva, atraviesa los procesos de conformación de las identidades nacionales y colectivas, rearticula los modos del vínculo y las pertenencias territoriales, configura memorias y arraigos múltiples, compartidos, marcados por la distancia. Las formas de su presencia se convierten en un cuestionamiento a nuestras certezas, a nuestras legalidades y nuestras historias.

Sin dejar de lado la complejidad de estos procesos, en el presente trabajo nos centraremos en tratar de comprender y elucidar el carácter psicosocial de la migración y el exilio, poniendo el acento en las consecuencias psicosociales que tienen en los sujetos que las viven, en sus familias, sus relaciones y sus prácticas cotidianas. Asimismo, interesa resaltar cómo, en un proceso subjetivo complejo, los sujetos migrantes y exiliados construyen, en el día a día, estrategias y espacios para entrelazar el pasado y el futuro: un pasado continuo que se prolonga y da sentido al presente y dirección al porvenir. En el caso concreto de las mujeres que integran el Grupo Monarcas, varias de estas estrategias se dan dentro del colectivo, al calor de la experiencia grupal: ahí donde lo individual se socializa y lo social se particulariza, y ambos adquieren rostro y nombre propio.

Los fenómenos de la migración y el exilio tienen siempre raíces políticas y económicas que no deben obviarse. Las personas se ven obligadas a desplazarse y abandonar su lugar de origen o residencia en busca de mejores condiciones de vida, espacios para la libertad política y de expresión, etcétera; es decir, en sentido amplio, van en

busca de posibilidades para la vida con todo lo que ella encierra. El siguiente relato de una mujer migrante nos muestra esto claramente:

Yo llegué aquí muy niña, yo casi no he sufrido la guerra. Los que sí la sufrieron fueron mis papás. Yo lo único que me acuerdo de cuando estábamos chiquitos, es que llegaron a sacarnos de la casa, allá en El Salvador, todos andábamos en calzoncitos y nos sacaron con las manos arriba, manos arriba, porque nos querían esculcar, pero ¿qué nos esculcaban, si nada más andábamos en puros chones? No tenían que esculcarnos, buscaban dinero, armas, voltearon la casa de cabeza, me acuerdo de eso. Fueron como dos o tres veces. Corríamos mucho peligro, íbamos a dormir en otra casa que no era nuestra porque nada más iban a buscar a mi papá, a mi papá y a mi hermano más chiquito, que ya los andaban buscando los que andaban matando a la gente. Entonces mi papá y mamá no querían que tuviéramos esos peligros y por eso nos venimos a vivir a México (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

Aunque los exilios impuestos explícitamente por determinados regímenes políticos son cada vez menos comunes, en contraste crecen los exilios a los que se ven forzadas las personas que no están dispuestas a seguir padeciendo consecuencias de diversa índole —que padecerían si se quedaran en su país—, como la persecución política, la tortura, la cárcel, la muerte propia y de los suyos. Es por ello que coincidimos con Guinsberg cuando afirma que

[...] una de las definiciones posibles sería que *exiliado* es aquél que está obligado a expatriarse por imposición (ya sea ésta declarada o no, elegida o no) del poder político dominante, so pena de ser detenido o permanecer indefinidamente en prisión, o ser torturado o eliminado (él y/o sus familiares, allegados o amigos) (2005:162).

Nos atrevemos a añadir que, en el caso de las migraciones por razones económicas, la definición del fenómeno no es muy distinta a la que ofrece Guinsberg para el caso del exilio. A pesar de que normalmente las migraciones no tienen un acento explícita y predominantemente político, millones de personas en todo el mundo

se ven obligadas a desplazarse para poder sobrevivir a los estragos de diversas políticas socioeconómicas impuestas desde las esferas del poder dominante. En este sentido es que consideramos que tanto la migración como el exilio son fenómenos vinculados desde su origen a razones de diverso orden, pero todas ellas políticas. La migración y el exilio deben entonces entenderse como una necesidad vital, material y subjetiva; no como una moda, tradición o “gusto”, sino como un desplazamiento impulsado por la necesidad de resolver, en principio, las más básicas condiciones para la vida.

Entramos a México obligadamente, porque no podíamos de otra forma salvaguardar nuestra vida, la vida de nuestros hijos. Yo vine a luchar, vine a trabajar y me costó abrirme camino en esta vida, yo sentí que la ciudad era un monstruo que me absorbía, contaba las calles para empezarme a mover, para no perderme cargando a mis hijos, sin amparo alguno, sin suéter, sin nada. Yo lloraba en las calles, yo me decía: ¿por qué dejé mi país?, ¿por qué estoy aquí, en este país? (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

En ambos fenómenos, la migración y el exilio, las personas se ven obligadas a desplazarse en condiciones de mucha inseguridad, riesgo y, en algunos casos, clandestinidad, lo que los convierte en grupos vulnerables a todo tipo de maltrato en su trayecto a un nuevo lugar de residencia o ya en este. Tal maltrato va desde el abuso de poder, precarias condiciones laborales y de vivienda, hasta el rechazo y la discriminación social y de clase. Se expresa así la terrible paradoja de la llamada globalización neoliberal: al tiempo que se abren las fronteras y se promueve la libertad casi ilimitada para la entrada y salida de capitales y productos, las fronteras de todos los países del mundo limitan, regulan y criminalizan cada vez más la entrada de personas provenientes de otros países. Una refugiada guatemalteca nos relata lo siguiente:

Yo me vine con una niña de tres años, llegué aquí en el 84 [1984] por la misma situación de la guerra. No queríamos morir, yo vine porque no quería morir. Teníamos que buscar un refugio [...] Hemos podido

salir adelante, yo soy artesana, pero la situación ilegal aquí en México es muy difícil, porque en el caso mío, yo no sé hablar bien el español, no sé hablarlo. Iba al mercado a comprar unas cosas, pero le doy gracias a Dios que aprendí a hablar el español, porque hablaba mi dialecto nada más y era todo muy difícil para mí (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

Así como las condiciones en las que se producen y desarrollan los procesos de la migración y el exilio tienen tanto diferencias como similitudes, los efectos psicosociales de ambos fenómenos encuentran coincidencias importantes, pero también diferencias que vale la pena enunciar. Evidentemente, salir forzosamente del país de origen por la persecución política que desencadena una posición ideológica divergente a la dominante, implica vivencias y significados distintos a los que puede tener el desplazamiento obligado por la búsqueda de empleo y alimento. Ambas condiciones producen efectos vinculados a un desarraigo obligado y doloroso, pero tienen implicaciones distintas:

[el desplazamiento] no significa lo mismo para quienes lo viven y sufren como consecuencia de su práctica ideológico-política, que para quienes están obligados a ello por razones económicas y que no siempre entienden a qué se debe el forzado desarraigo de una sociedad en la que se formaron, a la cual estaban integrados y en la que tenían su familia, etcétera [...] En muchos casos esto dificulta o imposibilita la integración al país de refugio, al no tenerse los elementos que provocan una convicción o una práctica política (Guinsberg, 2005:165).

En el caso de las personas que se ven obligadas a desplazarse por razones explícitamente políticas es común ver (paralelo al dolor provocado por el forzoso desarraigo cultural) el desgarramiento de un horizonte político que en la mayoría de los casos forma parte también del proyecto de vida de las personas. En este sentido, quienes no logran articularse a iniciativas que mantengan vivo dicho proyecto –aun desde el país de residencia– viven una especie de doble duelo difícil de resolver: el primero, por la pérdida del país de origen y los referentes

culturales y afectivos que este conlleva; el segundo, por ver coartada la posibilidad para reconstruir un horizonte viable para la acción política. Lo anterior se expresa de manera clara en el testimonio de una integrante del Grupo Monarcas, exiliada por razones políticas:

Cuando llegué a México venía precisamente porque había luchado por los derechos de los trabajadores. Yo pertenecía al sindicato de la Universidad Central San Carlos; catorce años estuve allí. Entonces llegué aquí, pero al llegar aquí me sentía con pesar; fueron llegando mis hijos, mi mamá; se reunió la familia después de casi dos años. Casi logré reunir a la familia completa, pero sentía un vacío, sentía que no estaba haciendo nada por el pueblo. Cuando nació este grupo, aunque realmente no es un sindicato o no es una lucha de este tipo, yo me sentí que ese vacío que había se llenó en mi vida (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

En este sentido, la posibilidad de articularse a espacios colectivos abre un campo de oportunidades para reinsertarse en el ámbito de la lucha política y recuperar un eje del proyecto de vida que es fundamental para quienes se ven obligados a desplazarse por su participación política en sus países de origen. La emergencia de los distintos aspectos que conforman la identidad del Grupo Monarcas, como son sus vínculos, sus historias, el aporte de sus culturas, su trabajo y su lucha, etcétera, contribuye a la recuperación y resignificación de ciertos espacios para la acción; delinea un proyecto político, una visión, y establece un compromiso en la construcción de un mundo y un futuro distintos, no solamente para sus integrantes, sino también para los otros:

Mi sueño de estar aquí es colaborar en otro mundo posible más justo y de respeto. Entonces, ese es mi deseo de venir aquí, porque creemos que el grupo en mínima medida puede colaborar hacia el cambio del mundo, participando en las actividades que se presenten, como cuando el 8 de marzo nos invitan a eventos en INMUJERES, vamos, conocemos, porque antes la mujer no conocía nada de sus derechos. Con los talleres que nos han venido a dar aquí, hemos abierto los ojos, con los derechos que tenemos.

Y nos vamos dando cuenta de muchas cosas, y eso se lo contamos a los demás, entonces, así va caminando este cambio (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

Las identidades y el sentido de pertenencia

La identidad es una construcción sociohistórica, que se apoya en las condiciones en que se desarrolla la vida de una persona y en cómo esta forma parte de un contexto más amplio, social, espacial y temporalmente determinado. Así, la que llamamos “nuestra identidad” es también una identidad creada por los otros con los que construimos y habitamos nuestro pueblo, nuestra ciudad, nuestra patria.

Esta identidad, por tanto, está construida también con base en elementos espaciales que son dotados de sentido por las prácticas culturales que en ellos se desarrollan y los involucran: la fiesta del pueblo, la peregrinación, el paisaje, el clima, la vestimenta, la comida. De este modo, sin olvidar las particularidades y la heterogeneidad de los sujetos sociales, “nuestra identidad” es simultáneamente de uno y de todos los que comparten determinadas coordenadas espaciales, temporales y culturales: “Nuestra vida cotidiana se entreteje sobre las nociones de tiempo y espacio. Es sobre estas variables que elaboramos internamente nuestras relaciones de objeto, es decir, nuestras relaciones con los otros” (Aresti, 1989:153). El sujeto que se ve obligado a desplazarse a otro país, tendrá que revivir en un espacio y tiempo nuevos las experiencias vividas en otras coordenadas, “transfiriendo del pasado perdido experiencias a un presente que aún está por construirse” (Aresti, 1989:153).

Evidentemente, esta forma de desenraizamiento forzoso priva a los sujetos de los referentes espaciales, cultural y simbólicamente construidos, en los cuales se asienta cotidianamente su identidad y su percepción de sí mismos y el mundo. Esta privación produce una fractura violenta que no pocas veces se traduce en una depresión prolongada por la pérdida de los elementos cotidianos que refuerzan y actualizan la identidad:

Desde el punto de vista psíquico, el exilio puede ser entendido como una vivencia profunda de pérdida y como el quiebre compulsivo y casi total de la cotidianeidad. El exiliado vivirá de manera dramática un sentimiento de despojo y usurpación. Lo han metido forzosamente en otro mundo, se le han arrancado de manera súbita y violenta todos los referentes externos que marcaban su mundo y que le daban una sensación de lo conocido, de mismidad y cotidianeidad (Aresti, 1989:152).

Esto obliga a muchas personas a mantener otros elementos de su cultura que pueden seguir reproduciendo en el nuevo lugar de residencia, como la gastronomía, elementos de la vestimenta, el lenguaje, las tradiciones. La posibilidad de construir vínculos con el otro representa, para el sujeto, la oportunidad de crear y recrear una identidad que se ve reflejada y sostenida en los diferentes espacios de acción colectiva.

En el caso particular de la migración y el exilio, la pérdida de los espacios en los que era posible la constante reafirmación de esta identidad (las fiestas típicas, las tradiciones, la comida, etcétera) hace que se busquen otros distintos en los que se puedan revivir estas experiencias. En la construcción de este espacio, se articulan estrategias que posibilitan la continuidad de las diversas manifestaciones culturales, donde se actualizan las tradiciones, los rituales y los mitos.

Sin embargo, este proceso complejo de duelo involucra la dificultad para sentirse parte del nuevo paisaje, es decir, se vive en una nostalgia por lo perdido que dificulta la asimilación de lo nuevo, lo cual imposibilita el sentido de pertenencia: se vive siendo permanentemente “otro”, que no está en el lugar de donde es y tampoco es del lugar en donde está. En este contexto, se hace necesaria una reelaboración de la identidad, lo cual implica un proceso de reconstrucción de otra percepción de sí mismo que permita al sujeto integrar los elementos de una nueva experiencia cotidiana que se reproduce a partir de referentes diversos que habrá que aprehender. Este es un proceso sumamente complejo, doloroso, que involucra no sólo sensaciones de nostalgia y pérdida, sino también de temor y soledad.

El desplazamiento constituye una experiencia muy grave de impotencia frente a las circunstancias y de pérdida de control sobre la propia exis-

tencia, unida por lo general a una vivencia desbordante de miedo y aun terror. Aunque la persona sepa cuál es su destino y aun cuando en el lugar de destino se reúna con familiares o conocidos, no puede menos que experimentar su total dependencia respecto a fuerzas e instancias fuera de su control (Martín-Baró, 1989:40).

Aunado a esto, las Mujeres Monarcas han tenido que enfrentar el dolor ocasionado por la guerra, la pobreza, la persecución política y diversos elementos sociales y familiares que las obligaron a exiliarse para poder sobrevivir. Una refugiada guatemalteca nos cuenta su experiencia:

Traemos muchas tristezas, muchísimo dolor. Nosotras también fuimos perseguidas por los militares. Yo con mi hija de tres años caminaba de noche; cargando a mi hija de tres años caminaba a buscar dónde refugiarnos, porque si nos encuentran los militares nos matan. Sufrimos mucho, teníamos hambre, no podíamos cargar agua; yo cargaba dos limones para chuparlos y caminar en la noche y para llegar al lugar donde me escondía durante el día. Dos meses así. Luego nos encontramos con mi esposo y vivimos juntos aquí. Y pues como muchos que estamos aquí ahorita, todos venimos con una carga de cruz, tristezas y todo, pero estamos aquí (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

El regreso del “nosotros”: la creación de un espacio para sanar

Algunas de las formas de superación de estos dolores implican la posibilidad de compartir la experiencia con otros que se encuentran en circunstancias similares a la propia. Aunque, en principio, estos grupos pueden parecer cerrados a individuos y elementos culturales del país receptor, en realidad constituyen un mecanismo necesario para elaborar el sentimiento de pérdida y construir, en colectivo, una nueva forma de identidad y pertenencia. Para las Mujeres Monarcas, el colectivo representa, entre otras cosas, un espacio en el que se pueden construir vínculos con otras mujeres que han vivido experiencias similares, todas marcadas por el sentimiento de soledad

que trae consigo el abandonar su tierra. Experiencias y dificultades de la vida cotidiana encuentran un eco en el grupo, que les devuelve el sentimiento de pertenecer a una familia, una comunidad que se construye por medio de una vivencia en común –la extranjería– y de las situaciones de vida que ellas comparten. Es la posibilidad de constituir un espacio donde puedan encontrarse y reconocerse:

[...] algunas nos sentimos más solas que nunca aunque estemos reunidas con muchas personas. Entonces, ¿qué pasa aquí? Pues es que en el grupo todas compartimos muchos puntos en común, el hecho de que hayamos tenido que salir de nuestros países de origen por n cantidad de circunstancias, que a lo mejor para cada una de nosotras esa circunstancia que nos obligó a salir de nuestro país era tan horrible, que fue más grande ese dolor o esa angustia que poder decir: “nos quedamos aquí a costa de lo que sea”. Pero tuvimos que salir con nuestros propios dolores.

Para mí el grupo ha sido de gran bendición puesto que personalmente yo he tenido como la formación de una familia, una familia que nada tiene que ver con sangre, mas sí con los puntos en común que manejamos cada una de nosotras. El hecho de ser extranjero es, digamos, un punto que a lo mejor sólo lo entiende quien lo vive, nadie más (Testimonios recogidos en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

En la experiencia del Grupo Monarcas, al conjugarse la condición de migrante o exiliada con la de mujer, los lazos de identificación se fortalecen y se traducen en espacios que les confieren un sentido de pertenencia y seguridad, así como en estrategias de acción para apoyar a otras mujeres en condiciones similares:

[...] en el grupo compartimos el mismo dolor, angustias, compartiendo mucha soledad, falta de afecto, mucha falta de amor que a lo mejor en nuestros países de origen nos la brindaba nuestra familia o a lo mejor ni eso. Entonces se ven tantas cosas horrosas que vivimos nosotras las mujeres a través de una migración que, como le digo, entre nosotras mismas nos damos valor, nos damos ánimo, protección, nos apoyamos. Tratas de ver la oportunidad de apoyar a otras, y esa es la misión del Grupo Monarcas. Uno de los objetivos primordiales del grupo es apoyarnos entre nosotras

mismas y apoyar a otras mujeres que estén en las mismas condiciones, eso es lo que más me gusta del grupo (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

El Grupo Monarcas es también un espacio en el que constantemente se hacen evidentes los testimonios que dan cuenta del origen de sus integrantes y de las circunstancias que las llevaron a abandonar sus países, tradiciones, familias, etcétera. La posibilidad de enunciar y compartir un testimonio conlleva un trabajo de recuperación de la memoria, siendo esta un elemento fundamental para la elaboración psicosocial de la experiencia dolorosa y parte importante del proceso de construcción de nuevas identidades y proyectos colectivos. Este proceso normalmente deriva en una especie de *adaptación crítica* a los elementos del entorno, la búsqueda de una reconstrucción de la vida que integre nuevos elementos sin que esto implique la renuncia a lo que se ha sido y a los valores nacionales propios. En este sentido,

El exilio produce entonces, indefectiblemente, efectos de distinto tipo, y una imperiosa reacomodación del sujeto a la nueva realidad. El impacto que se causa a la imagen de sí mismo se vincula tanto a lo anteriormente indicado —relaciones con el proyecto político causante del exilio— como a las posibilidades que se abren de desarrollo en el país receptor (Guinsberg, 1989:24).

Esta reacomodación del sujeto a la nueva realidad tiene como forma privilegiada la posibilidad de recuperar la pertenencia a un colectivo y que llamamos *experiencia de grupalidad*, circunstancia que comúnmente se pierde a consecuencia del desplazamiento.¹

¹ Con *experiencia de grupalidad* queremos referirnos a lo grupal como experiencia social constitutiva de la subjetividad y los sujetos sociales. Alude al proceso por el cual los atravesamientos sociales (que, a la par de las vivencias particulares de los sujetos) van configurando una experiencia colectiva, cuyos vínculos afectivos diversos, como la identificación, la solidaridad y la pertenencia (tan vitales para la constitución psíquica, como para la acción colectiva deliberada) se recrean y adquieren nuevos sentidos para los sujetos, según sus condiciones sociales e históricas. Es decir, cómo en lo grupal se crean y recrean significaciones sociales que producen una realidad.

Al centrarnos en el vínculo, estamos llevando la argumentación de la grupalidad a calidades del vínculo que tienen que ver con la acción social y el compromiso, con acoger al otro semejante y extraño a la vez, con responsabilidad por los otros presentes y ausentes, con alteridad y diferenciación, con el flujo de la creación y la lucha por la vida (Baz, 2006:72).

Las historias de las mujeres que forman el Grupo Monarcas, que lo hacen posible y que le otorgan su fuerza, tejen un espacio no sólo para la convivencia, el apoyo y la solidaridad, sino también un escenario para el proceso de la identidad, en la construcción de pertenencias, arraigos y vínculos, los cuales se han visto transformados en los avatares de la migración y del exilio. Por ello, consideramos que la importancia de la grupalidad no sólo radica en que constituye un elemento fundamental en el proceso de subjetivación, sino que además es en ese espacio intersubjetivo donde el sujeto, junto con los otros, se halla en posibilidad de articularse con otros en pro de la transformación de sus condiciones de vida y la adaptación a las nuevas circunstancias.

La importancia de recordar

Esta posibilidad de articulación con los otros y el entorno está mediada por la posibilidad de compartir y verbalizar la experiencia vivida, que nos remite también a la importancia que, para las personas obligadas a desplazarse, tiene la oportunidad de hacer memoria y enunciar su historia. Por una parte, poder hacer memoria con otros y para otros sitúa a los sujetos en la posibilidad de resignificar la experiencia a partir del discurso y la escucha que otros hacen de la vivencia propia. Así, la experiencia de grupalidad unida a la posibilidad de *recordar en voz alta* ofrecen un campo terapéutico en el que los sujetos desgarrados por la migración forzosa y el exilio pueden reconfigurarse y construir nuevos espacios para la vida.

La importancia de estos procesos vinculados a la memoria colectiva incide de manera contundente en el fortalecimiento mismo

de los grupos, abriendo las posibilidades para la acción colectiva en beneficio de sus integrantes.

Las memorias colectivas pueden identificarse con un tipo de historia que describe y ordena los hechos pasados y presentes sobre la base de un sistema de tradiciones [...] sin embargo, las memorias colectivas son un elemento fundamental en las sociedades dada su relación con la construcción de formas de identidad culturales que fortalecen la cohesión al interior de las comunidades (Robles y Soto, 2009:13).

Así, lejos de pretender traer el pasado al presente de manera fiel, comprobable y precisa, el ejercicio de la memoria colectiva dota de sentido al pasado según las necesidades del presente; posibilita que la experiencia vivida dé sentido, fuerza y direccionalidad al sujeto que proyecta su vida hacia un mundo que está por construir.

Las causas y las condiciones en que las Mujeres Monarcas arriban a México son distintas, y cada una está marcada por valiosas particularidades de la memoria. Sin embargo, en cada una de ellas podemos identificar el dolor, la soledad y la injusticia que llevan consigo la migración o el exilio. La fuerza del testimonio de cada una de estas mujeres pone en evidencia su valor, su lucha constante y su amor a la vida ante las condiciones de inseguridad, riesgo y dolor que han vivido.

Como mencionábamos anteriormente, uno de los principales motivos que llevan a los sujetos a abandonar su país es la amenaza constante hacia su vida o la de sus familiares, a raíz de sus posturas políticas e ideológicas. En sus relatos se fraguan las distintas memorias de la partida y el arribo, se hacen patentes las marcas de la travesía, reaparecen las imágenes de la guerra, así como de las batallas (o resistencias), de las pérdidas y las recuperaciones:

[...] cada quien traemos cargando toda una historia, que dejamos en nuestro país. Yo entré a México en el 82 [1982], mamá soltera, venía con tres hijos, una de trece años, un niño de tres años y uno de once meses; yo vine a llorar a las calles de México. Venía adolorida, venía llorando, cuando me quedaba parada veía soldados en lugar de hojas en los árboles; los veía, porque fui perseguida por el gobierno militar. Dejé un hijo

preso de dieciséis años, me lo capturaron (Testimonio recogido en la sistematización de la experiencia del Grupo Monarcas, febrero de 2010).

La posibilidad de reconocerse en el relato de las otras brinda a las Mujeres Monarcas un singular espejo que les devuelve constantemente imágenes que dan sentido a la experiencia por la que han tenido que pasar. Recordar juntas, aunque cada cual recuerde la historia propia, singular, abre un campo para asimilar que la experiencia de la migración y el exilio sufrido se halla inserta en coordenadas históricas, políticas y económicas que van más allá de sus circunstancias singulares y, ante las cuales el desplazamiento forzoso (sea vía la migración o el exilio) aparecía como la única posibilidad de seguir vivas. El reconocimiento de este hecho, que aparece reflejado en el espejo-rostro de las otras, funciona como un elemento fundamental para avanzar en un proceso de elaboración psicosocial de la experiencia dolorosa.

Reflexiones finales: del vínculo, la solidaridad y otros vuelos

Como hemos podido observar, las voces, los rostros, las historias han tramado múltiples espacios en el Grupo Monarcas. La posibilidad de narrar y compartir sus experiencias configura para las Mujeres Monarcas un espacio en donde múltiples vínculos son posibles. Y estos vínculos se dan en diversas direcciones: reconocerse en la experiencia y sentir de aquellas compañeras que han andado, de algún modo, los mismos caminos. De este modo, el rostro de las otras se hace espejo que refleja el rostro propio.

Pero también se abre un espacio pensado para beneficiar a los *otros* que se encuentran en las mismas circunstancias que ellas; se establece, así, un lazo solidario como modalidad de un vínculo que en algún momento se concretará en los rostros de quien lo necesite.

A raíz de estos espacios de solidaridad, donde la experiencia y la memoria colectiva han devenido una configuración de nuevas formas de identidad y pertenencia, las Mujeres Monarcas han edificado lo que representaría un horizonte de esperanza para los otros, mujeres y niños, migrantes o refugiados. Es la posibilidad de mirar a los otros,

venideros, desde la experiencia radical del desplazamiento, con la promesa de su llegada; de vislumbrar el arribo de los otros que también han tenido que partir. Con esto se hace posible una hospitalidad que no está puesta y condicionada por el orden de lo jurídico y de las fronteras, sino que se efectúa en el refugio, en la ayuda y el vínculo incondicional, cuestionando discursos modernos, como el del derecho, la ciudadanía o la soberanía.

Las historias narradas por las Mujeres Monarcas resaltan el hecho de que la experiencia humana en situación de guerra, persecución, violencia política y falta de justicia social, es similar para todos, más allá de la nacionalidad. Esto nos obliga a pensar en la arbitrariedad de las fronteras delimitadas entre las naciones, y en cómo sentimientos tan profundos, como el temor, la solidaridad y el amor a la vida hacen posible el reconocimiento de los demás y el establecimiento de sólidos vínculos que se ven enriquecidos por la diversidad cultural y vivencial.

Las Mujeres Monarcas nos han mostrado, a partir de la fuerza de su testimonio, lo que implica la situación del extranjero: una condición que establece una distancia al interior de los marcos referenciales y constitutivos de las distintas identidades; una separación que guarda en sí la potencia del cuestionamiento, de la alteración, pero también en la que nosotros, escuchas, receptores, podemos vislumbrar el posible significado de nuestra propia alteridad, de nuestra propia extranjería.

Bibliografía

- Aresti, Lore (1989), “Realidad política y daño psicológico: el exilio”, en Mónica Casalet Ravena y Sonia Comboni Salinas (coords.), *Consecuencias psicosociales de la migración y el exilio*, Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, México.
- Baz, Margarita (2006), “Narcisismo y grupalidad. Las encrucijadas del vínculo”, *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, núm. 26, UAM-Xochimilco, México.
- Guinsberg, Enrique (1989), “Problemática psicosocial del exilio”, en Mónica Casalet Ravena y Sonia Comboni Salinas (coords.),

- Consecuencias psicosociales de la migración y el exilio*, Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, México.
- ____ (2005), “Migraciones, exilios y traumas psíquicos”, *Política y cultura*, núm. 23, primavera 2005, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco, México.
- Martín-Baró, Ignacio (1989), “Consecuencias psicosociales del desplazamiento forzoso”, en Mónica Casalet Ravena y Sonia Comboni Salinas (coords.), *Consecuencias Psicosociales de la migración y el exilio*, Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, México.
- Robles, Mariana y Adriana Soto (2009), “De inspiraciones y aspiraciones. Memoria y sentido de la lucha en Atenco”, *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, año 10, número especial, segundo semestre, Departamento de Relaciones Sociales, Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, México.